

Saúl Uribe Taborda / Patricia Bermúdez Arboleda /  
Franco Passarelli  
(Editores)



# Antropología audiovisual en América Latina

Experiencias teóricas y metodológicas

Universidad Politécnica Salesiana

*Saúl Uribe Taborda, Patricia Bermúdez Arboleda,  
Franco Passarelli  
Editores*

# **ANTROPOLOGÍA AUDIOVISUAL EN AMÉRICA LATINA**

---

Experiencias teóricas y metodológicas



ABYA  
YALA | UPS

2023

## ANTROPOLOGÍA AUDIOVISUAL EN AMÉRICA LATINA

### Experiencias teóricas y metodológicas

© Saúl Uribe Taborda, Patricia Bermúdez Arboleda, Franco Passarelli (Editores)

© Autores: Wanda Balbé, Soledad Torres Agüero, Andrea Chamorro Pérez, Juan Pablo Donoso Allende, Isabel Yáñez, Patricia Bermúdez Arboleda, Soledad Amelia Mora Ordóñez, Eduardo Fabio Henríquez Mendoza, Hugo Chávez Carvajal, Adrián Acosta Castro, Franco Passarelli, Juan Miguel Fabbri Zeballos, Saúl Uribe Taborda

Ira edición: © Universidad Politécnica Salesiana  
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja  
Cuenca-Ecuador  
P.B.X. (+593 7) 2050000  
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec  
www.ups.edu.ec

CARRERA DE GESTIÓN PARA EL DESARROLLO  
LOCAL SOSTENIBLE  
Grupo de investigación Estado y Desarrollo

ISBN UPS impreso: 978-9978-10-854-3

ISBN UPS digital: 978-9978-10-855-0

ISBN Abya-Yala impreso: 978-9942-09-917-4

ISBN Abya-Yala digital: 978-9942-09-923-5

Foto de portada: Collage de Soledad Torres Agüero y Wanda Balbé  
con aporte de imágenes de Salvador Batalla  
y Pablo Finizio.

DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.28>

Tiraje: 300 ejemplares

Diseño, diagramación  
e impresión: Editorial Universitaria Abya-Yala  
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, septiembre de 2023

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad de los autores.



## **Introducción**

*Saúl Uribe Taborda, Patricia Bermúdez Arboleda y Franco Passarelli.....* 7

### *Sección 1*

## **ARCHIVOS Y AFECTOS**

### **(Des)armar afectivamente el archivo. Experimentación etnográfica y performance-investigación**

*Wanda Balbé y Soledad Torres Agüero .....* 17

### **A través del tercer ojo. Video y performances andinas como experiencia compartida**

*Andrea Chamorro Pérez y Juan Pablo Donoso Alliende.....* 47

### *Sección 2*

## **FOTOGRAFÍA Y CUERPOS**

### **Cuerpo y espacialidades: ensayos visuales con las mujeres de la comunidad El Porvenir en el sur de Quito, Ecuador**

*Isabel Yáñez y Patricia Bermúdez Arboleda.....* 79

### **Las huellas del río en la fotografía expandida.**

#### **Fotoensayo**

*Soledad Amelia Mora Ordóñez  
y Eduardo Fabio Henríquez Mendoza.....* 125

### *Sección 3*

## **ANTROPOLOGÍA Y WEB**

### **Antropología transmedia: el documental interactivo y el trabajo de campo con dispositivos digitales**

*Hugo Chávez Carvajal.....* 133



<b>Re Colecciones: transmedia para estudiar el coleccionismo de objetos prehispánicos del Occidente de México</b>	
<i>Adrián Acosta Castro</i> .....	171

*Sección 4*

**HISTORIA Y VISUALIDADES**

<b>Cruces entre el cine etnográfico y el documental político en Argentina: mirada, alteridad y conflicto social</b>	
<i>Franco Passarelli</i> .....	205
<b>Cuando la antropología deviene en arte</b>	
<i>Juan Miguel Fabbri Zeballos</i> .....	237
<b>Antropología visual: entre el colonialismo y la modernidad</b>	
<i>Saúl Uribe Taborda</i> .....	275
<b>Sobre autores y autoras</b> .....	297

*Sección 2*  
**FOTOGRAFÍA Y CUERPOS**

# Cuerpo y espacialidades: ensayos visuales con las mujeres de la comunidad El Porvenir en el sur de Quito, Ecuador

---

Isabel Yáñez  
FLACSO Ecuador  
isabelpaz.ym@gmail.com

Patricia Bermúdez Arboleda  
FLACSO Ecuador  
pbermudez@flacso.edu.ec

## Introducción

El sur de la ciudad de Quito ha sido ampliamente abordado por los estudios urbanos ecuatorianos. Sus particularidades están asociadas a las características de su poblamiento y a la débil presencia estatal; a la política de suelo que ubicó a las tierras como las más baratas de la ciudad; a las amplias zonas agrícolas en correspondencia con la herencia hacendal; y a los asentamientos ilegales, irregulares o espontáneos de poblaciones indígenas, campesinas y costeñas que llegaron a la ciudad en busca de oportunidades; entre otras consideraciones (Carrión, 1987a).

Entre esta diversidad de características, y en términos de planificación espacial y de mixtura cultural, se destacan la segregación urbana, la estigmatización y la irregularidad en el poblamiento de esta zona de la ciudad (Achig, 1983; Carrión, 1987b). Así también, desde aspectos más positivos, se menciona el ejercicio activo de vínculos comunitarios (Santillán, 2015), donde la proximidad y las necesidades comunes abrieron densos procesos espaciales “desde abajo”, confi-

gurándose barrios no solo en términos materiales sino simbólicos (Vizúete, 2015).

A pesar de la diversidad de estudios sobre esta zona de la ciudad, aún falta profundizar en los aportes que las mujeres han realizado y movilizadú en la gestión del sur de Quito (Carrión, 2009). Esto se debe, en parte, a que sus acciones comunitarias fueron comprendidas como una extensión del espacio doméstico, y como tal de dominio de lo íntimo (Rodríguez, 1996). A su vez, las mujeres asumieron el rol de lo doméstico desde una estructura de género y de división social del trabajo y espacios tradicionales, invisibilizando cada vez más su protagonismo en los procesos de coordinación y lucha por los procesos de gestión territorial.

Es así que en este trabajo se propone explorar el protagonismo de las mujeres en la producción espacial del sur de Quito, particularmente desde las miradas de las mujeres de la comunidad El Porvenir. A través de ensayos fotográficos participativos se propuso a las mujeres mostrar sus espacialidades, configurándose narrativas desde una política espacial, donde afloraron sus formas propias de comprensión espacial, y a su vez sus emociones y afectos con el entorno que habitan. De acuerdo con ello, apoyadas en el recurso del montaje visual fue posible aproximarse a las relevancias de las relaciones cuerpo-territorio para las mujeres, y el modo cómo la producción espacial externa manifiesta procesos de apropiación, valorización y reafirmación de sus individualidades.

## **La comunidad El Porvenir en el sur de Quito, Ecuador**

La comunidad El Porvenir se ubica al extremo sur de la ciudad de Quito en el barrio La Victoria Central, parroquia urbana de Guamaní, en la administración zonal Quitumbe (mapa 1). Esta comunidad está constituida por campesinos migrantes de la sierra, indígenas, costeños y familias que residían en otros lugares de Quito. Si bien El Porvenir se encuentra dentro del perímetro urbano, está en el límite del barrio San José de Cutuglahua, ubicado en el cantón rural Mejía; un

lugar estratégico para las expansiones urbanas que aún no se integra del todo al flujo de la ciudad.

### Mapa 1

*Parroquias urbanas Quito. 2018*



El origen de la comunidad se remonta a una invasión de tierras en 2008, cuando un grupo de dirigentes, pertenecientes a la Coordinadora Nacional Campesina “Eloy Alfaro” (CNC) organizaron a un grupo de 40 personas —en su mayoría familiares y vecinos que arrendaban por el mercado mayorista (barrio Solanda, sur de la ciudad de Quito), para realizar una invasión de tierras. El lugar tomado fue la antigua hacienda Santa Catalina, de 144 ha, pertenecientes, en ese

momento, al Municipio de Quito y ocupadas por una estación del Instituto Nacional de Investigaciones Agropecuarias (INIAP). En un principio de la invasión hubo acoso policial y recursos de protección por parte del INIAP, siendo incluso tomados presos los dirigentes en una oportunidad.

Sin embargo, al terreno fueron entrando de manera masiva familiares y conocidos de gente que ya se encontraba dentro, siendo una obligación tener algún tipo de contacto intermediario. Los lotes fueron vendidos por los dirigentes a través de la figura del socio de la “Asociación de Emprendedores de El Porvenir”, aun cuando no existió una propiedad documentada sobre el terreno (nota diario de campo, marzo 2018). El surgimiento de esta Asociación, no obstante, respondió a una estrategia legal por parte de los dirigentes para legitimar la toma del lugar y las ventas de la tierra. Como medida de resguardo, para llegar a vivir dentro de la comunidad, se exigió a quienes entraron comprometerse con el trabajo agrícola, con el objetivo de mantener el discurso de una “ocupación productiva” que mantuviera el caso en manos del Ministerio de Agricultura y Ganadería; y no pasar al Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda, debido a que este racionalizaría el suelo sin contemplar la posibilidad de otros modos de vida.

En 2010, el hostigamiento policial decayó; y aunque no hay mayor evidencia de por qué la institucionalidad cambió su relación con la comunidad, también dejó de hostigarlos y amenazarlos con el desalojo. Entre las conjeturas que los mismos habitantes de la comunidad sugirieron fue que los dirigentes eran parte de un grupo político asociado con el movimiento PAÍS del presidente Rafael Correa en ese momento. Esto explica, en parte, la cesión —al menos discursiva— de las tierras desde el mismo presidente.<sup>1</sup> Es así que la invasión dejó de considerarse ilegal, y se admitió en espacios institucionales-oficiales el

---

1 En 2014, en una sabatina del expresidente Rafael Correa, prometió regularizar estas tierras en consideración al proceso de habilitación espacial que ya se había constituido ahí. Esta promesa, sin embargo, aún no llega a concretarse. Ver: <https://bit.ly/3pOLSiY>

orden que los dirigentes instauraron dentro de los terrenos. Esto hizo que aumentaran los precios para hacerse socios, además de incluir una glosa de “gastos de oficinas” para quienes vivían ya en la comunidad; la cual se estimó en cinco dólares mensuales.

### **Imagen 1**

*Panorámica comunidad El Porvenir*



*Nota.* Isabel Yáñez, 2018.

Actualmente viven casi 100 familias, proyectándose un estimado de 600 personas asentadas dentro de estos terrenos. Estos núcleos se encuentran distribuidos en un espacio donde los servicios básicos de luz y agua fueron canalizados por ellos mismos a través de mingas, mientras el alcantarillado es aún un proyecto inconcluso. Asociado a los intereses de cada familia, el modo como se fueron asentando en el espacio fue de manera más o menos espontánea. La vida campesina es parte esencial de esta ocupación, y también se constituye en un buen argumento para mantener lotes más extensos, al defenderse un modo de vida sostenible. En términos de género, las mujeres, en su mayoría, quedaron a cargo de la dimensión productiva, reproductiva y comunitaria de El Porvenir.

## **Las mujeres de la comunidad El Porvenir**

Como ya se mencionó, la siembra y las actividades agrícolas permitieron a la comunidad El Porvenir mantenerse dentro de las ocupaciones del Ministerio de Agricultura y Ganadería; el mismo que les asignó lotes de terrenos para sembrar y crear huertos. Sin embargo,

la mantención de la tierra en términos productivos, ha sido asignada casi por inercia al mundo femenino, identificándolo como una extensión de su rol doméstico. Por tanto, la ocupación agrícola, por parte de la Asociación de Emprendedores del Porvenir, fue y es gestionada, administrada y practicada por las mujeres de manera predominante.

Entre las distintas ocupaciones cotidianas, las mujeres de El Porvenir se han organizado para la venta de verduras, hortalizas y la elaboración de almuerzos o productos de conserva. También crearon una caja de ahorro, un grupo de baile, la instancia de las ferias orgánicas, y están a cargo de las distintas fiestas que se organizan dentro de la comunidad. Así, mientras el trabajo comunitario en El Porvenir se asume y entiende como parte de los deberes a los que cada grupo familiar debe responder por habitar en estos terrenos, queda invisibilizado el aporte femenino —incluso para las mujeres— en su rol de gestoras y sostenedoras de la comunidad.

Sobre este proceso de auto-invisibilización se cultiva una lógica de apropiación del trabajo femenino que no se reconoce ni en el colectivo, ni entre los dirigentes y los comuneros de El Porvenir, quienes ejercen una doble exclusión hacia las mujeres. Por un lado, se asume el trabajo productivo que realizan como parte de su “rol doméstico natural”; y, por el otro, el relato de los dirigentes, al presentar el caso de invasión y lucha de la comunidad, homogeniza la acción comunitaria sin referencia particular; sumergiendo los procesos políticos y espaciales propios de las mujeres en el indistinguible colectivo.

## **Marco teórico y metodológico**

### ***El cuerpo como unidad territorial***

El avance capitalista, colonial y de cercamiento espacial, —a través de la irrupción de los incipientes estados nacionales— conllevó a un proceso de apropiación territorial, donde las tierras comunales se redefinieron como propiedad privada en manos de pequeños gru-



pos de personas. Las mujeres se volvieron parte de esto a través del disciplinamiento corporal sobre ellas, que significó la expropiación de su autonomía, de la capacidad para adquirir tierras, de la libre circulación, entre otros aspectos, debilitando la propiedad sobre sí mismas (Federici, 2010; Segato, 2016). El ciclo capitalista inauguró relaciones sociales sobre las mujeres, en las que ellas pasaron a ser un bien, es decir, no solo sus actividades se desvalorizaron, sino que se afianzó una concepción objetivada sobre ellas.

Los cuerpos de las mujeres vinieron a tranzarse y definirse en términos exógenos. Su individualidad y autonomía se debilitó, y dependieron de la figura masculina para su reproducción material. Tal como cualquier pedazo de tierra repartido entre propietarios, el cuerpo de las mujeres se administró políticamente; hombres, encarnados en la figura del Estado, de los colonizadores o de los capitalistas definieron políticas de control de natalidad, los lugares que ocuparían las mujeres en los asuntos públicos, o practicaron violación sobre sus cuerpos sin pudores asociados. Se cristalizó con ello derechos sobre sus cuerpos, y una legitimidad de apropiación, fijación e intervención.

Esto tuvo su propio reflejo en América Latina, donde ya estaba desplegado un “patriarcado originario”, que constituyó el soporte para el avance de la patriarcalización total (Cabnal, 2010).

(...) el debate de la colonización como un acontecimiento histórico, (...) tiene que ver con todo el embate de penetración colonial como una condición para la perpetuidad de las desventajas múltiples de las mujeres indígenas. (Cabnal, 2010, pp. 14-15)

En ese sentido, los colonizadores encontraron la estructura de significados posibles que volvió admisible su invasión territorial, tranzándose tierras, bienes y mujeres.

Bajo este contexto, es necesario pensar el cuerpo como una unidad territorial transversalizado por las prácticas colonizadoras, expropiadoras y explotadoras. Como un territorio histórico-político además de biológico, volviéndose el cuerpo un reflejo de sus inscrip-

ciones, evidenciándose las trayectorias biográficas, sociales y culturales que lo encarnan. De acuerdo con ello, el siguiente artículo se apoyó en la categoría “cuerpo-territorio” para evocar estos procesos de inscripción histórica, donde los componentes emocionales inciden en las disposiciones espaciales y corporales. Como tal, aborda las relaciones entre los sujetos, sus movibilidades y sus modos de habitar, asomando como una red de significados y demarcaciones tanto territoriales como en el mismo cuerpo (Ulloa, 2016).

Por ello, al enfocarse en el proceso de construcción del vínculo cuerpo-territorio, toca observar los modos en que los cuerpos individuales se entraman con un territorio, tanto desde el habitar, como desde el cuidado y sostenimiento de este. En este caso, sugiere dar cuenta de cómo las mujeres en El Porvenir se volvieron gestoras de esa tierra durante la ocupación de la comunidad. Cruz Hernández menciona que:

(...) la relación que las mujeres han tenido con la tierra siempre ha sido conflictiva y mediada por la exclusión, el territorio es la representación de su cuidado, estar y ser”; es, en parte, la definición de sus formas de existencia material. (Cruz Hernández, 2020, p. 53)

En este sentido, el cuerpo social femenino ha transmitido saberes que responden a formas relacionales del cuidado por generaciones. Al ser ellas quienes están a cargo de las prácticas de reproducción de lo vivo, en el amplio sentido de la palabra, los cuidados y los sostenimientos han sido formas históricas de apropiación y producción territorial. Cruz Hernández señala también que:

Una arista fundamental para abordar la defensa del territorio desde las mujeres es poner en juego el análisis de la vida cotidiana, ya que es desde ese espacio-tiempo que las mujeres organizadas construyen sus estrategias — reflexiones para la defensa de su cuerpo-tierra, cuerpo-territorio. (Cruz Hernández, 2020, p. 52)

Esto implica que las corporalidades no solo integran las marcas del pasado, sino también, que los territorios se encuentran en una

relación viva con quienes los habitan. Por tanto, las formas de habitar dan cuenta de cómo se entiende el espacio, es decir, de una reflexión política sobre las dinámicas geográficas.

Así, las relaciones entre los cuerpos y los territorios desarrollan “conocimientos territoriales situados” (Haraway, 1995); es decir, prácticas y sentidos asociados, tanto con la formación histórica de los cuerpos, como con las dinámicas estructurales que también se expresan en el actuar, sentir y vivir cotidiano. En consecuencia, el cuerpo-territorio como forma de abordar y espacializar las experiencias, permite re-escalar la geografía del espacio, desarrollando un análisis geopolítico de cómo los cuerpos se organizan en términos sociales, culturales y políticos. Tal como lo señala Linda McDowell:

[...] como ha quedado claro que las divisiones espaciales —ya sea en el hogar o en el lugar de trabajo, a nivel de ciudad o de nación-estado— también se ven afectadas por y reflejadas en las prácticas corporeizadas y en las relaciones sociales vividas. (McDowell, 1999, p. 35 citado en Sharp, 2005, p. 36)

## **Espacialidades vividas y cuerpo**

Ahora bien, si anteriormente se describió cómo las relaciones corporales se manifiestan en las formas de habitar, la espacialidad se define como un modo de comprender la producción espacial en términos de “tiempo acumulado”, donde se observan las relaciones históricas, temporales, sociales y espaciales que se inscriben en un tiempo-espacio concreto (Soja, 2008). Las espacialidades, por tanto, no solo refieren a las estructuras físico-materiales de una ciudad; sino también dan cuenta de los cuerpos que se desplazan por esas estructuras, construyéndose una inter-relación entre formas corporales-emocionales y formas espaciales (Lindón, 2009). Desde esta concepción, el espacio social está constituido por capas que hacen y re-hacen sus escenarios, dialogando con la trayectoria de las personas, y como tal, con la experiencia individual que se impregna en esa espacialidad común.

Y es a través de la corporeidad y las emociones [que se puede] experimentar la ciudad, actuar en ella, disputarla, marcarla, siempre en los contextos socio-culturales específicos, en mundos intersubjetivos peculiares, en territorios particulares, en medio de ciertas formas materiales y encarnando así las diversas posibilidades históricas. (Lindón, 2015, p. 9)

En este sentido, las espacialidades contienen al “espacio vivido” (Lefebvre, 2013), entendido como la relación que tiene un “sujeto”, miembro de un grupo o de una sociedad, y su cuerpo con el espacio. “(...) la práctica social supone un uso del cuerpo: el empleo de las manos, de los miembros, de los órganos sensoriales y de los gestos del trabajo y de las actividades ajenas a este. (...)” (Lefebvre, 2013, p. 98). Así, el espacio vivido incluye la construcción histórica de los cuerpos, e integra la diversidad de experiencias posibles, con base en la triangulación de las dimensiones del tiempo y la historia.

Por tanto, para el caso estudiado, explorar en las espacialidades de las mujeres del Porvenir, es una forma de mirar desde una historicidad acumulada, de revivirla, tensionarla, y analizarla desde un punto de vista situado históricamente, que concibe en las formas de cuidado y sostenimiento femenino particularidades propias de ese cuerpo socio-cultural. Tal como señala Soja:

Seguramente, deben haber oído muchas veces hablar del espacio vivido como el espacio experiencial, empírico, además del espacio imaginado. Pero el concepto es más amplio. Está relacionado con la historia. Entonces el espacio vivido es equivalente, en su alcance y complejidad, con el tiempo vivido. (Soja, 1997, p. 75)

De este modo, el cuerpo-territorio de las mujeres puede ser conocido y abordado mediante la espacialidad, que facilita la aproximación a las particularidades de estas mujeres, observando el modo como operan y se inscriben sus memorias y experiencias en la producción territorial.

## **Visualidad: formas de ver, pensar y conocer**

Una vez revisado los conceptos de cuerpo-territorio y espacialidad, cabe dar cuenta de cómo estos fueron abordados por este trabajo, haciendo uso de la visualidad como dimensión del conocer que operacionaliza las relaciones desarrolladas entre los cuerpos y los espacios. En este sentido, tal como se indicaba anteriormente, en general, tanto para los estudios urbanos locales como para las mismas mujeres, ha habido una omisión de la acción espacial femenina. Esto está asociado con la falta de problematización con respecto a lo visto, en la medida que se han desatendido los “lentes” para observar las espacialidades desarrolladas por mujeres; “Lo que sabemos o lo que creemos afecta al modo en que vemos las cosas” (Berger, 1972, p. 5).

Así, un objeto en sí no existe por fuera de la relación que se genera desde un-a observador-a, quien porta información que incide en lo visto. Es decir, los objetos-imágenes se entienden desde la relación del ver, pensar y conocer, dando cuenta de las formas en que se crea nuestro conocimiento, y la naturaleza compleja del pensamiento mismo (MacDougall, 2006). Volviendo al caso en estudio, para ver las espacialidades femeninas se requiere una forma de pensarlas y una estrategia para conocerlas, lo cual conduce a la visualidad, como vía metodológica y epistemológica de “hacer aparecer” en el pensamiento aquello que se encuentra “oculto”.

De esta manera, la visualidad es una posibilidad para pensar más allá del orden conceptual tradicional, en la medida que cuenta con la potencialidad de la ampliación del registro al incluirla en interacción con las formas de conocer y de pensar. Como señala Boaventura de Sousa, “hacer que lo que está ausente esté presente, que las experiencias que ya existen, pero son invisibles o no creíbles estén disponibles; o sea, transformar los objetos ausentes en objetos presentes” (Boaventura de Sousa, 2006, p. 25).

Para lograrlo, y volver la visualidad una estrategia de conocimiento y pensamiento, se requirió conectar los conceptos y aterrizar al

cuerpo-territorio dentro de espacialidades históricamente construidas. Así, incluir y reflexionar las distintas capas de información que se posan sobre un espacio determinado, bien puede definirse como una politización de la mirada, es decir, como una manera de discriminar órdenes que se despliegan en los escenarios y las corporalidades del presente. De acuerdo con esto, en el desarrollo de esta investigación, para pensar en las espacialidades de las mujeres del Porvenir, se indagó desde la escala micro en cómo la comunidad fue organizada desde ellas, con el objetivo de construir las imágenes que permitieran ver ese vínculo; y poder pensar en esa geopolítica del habitar propio de las mujeres.

La visualidad, por tanto, fue un camino para conocer las espacialidades, no solo un resultado. Fue en el proceso de construcción de imágenes donde se apreció la potencialidad del ver para interpretar realidades problemáticas. Lo visto, por tanto, reconfigura el pensamiento, a la vez que este es reactualizado a través de la disposición de nuevas imágenes. Así, mediante la visualidad se disputan narrativas hegemónicas, y como tal, no se trata solo de la captura en imágenes, sino de aprender a ver lo que se quiere mostrar.

### **Ensayos visuales: la exploración de las miradas**

En términos metodológicos, el siguiente trabajo se apoyó en los ensayos visuales o foto ensayo, que están relacionados con el redescubrimiento narrativo en un ejercicio de montaje con imágenes fotográficas; en el cual estas son sacadas de su contexto indicial, para situarse afuera de sus circunstancias particulares, y re-semantizarse a través de procesos de ensamblaje que liberan la imagen de su origen para una creación infinita de significados (Buck-Morss 2009). En ese sentido, se construyen nuevas relaciones sobre lo visible a través de los ejercicios de montaje de las fotografías en la narrativa oral.

De acuerdo con Dubois, las imágenes contienen un principio de “huella” en su interior, asociado a la captura e inscripción del presente en la fotografía (Dubois, 2008). Este principio, sin embargo,

también puede extenderse a las marcas que se encuentran inscritas en las corporalidades, las experiencias y los modos de concebir los espacios, manifestándose en distintos registros comunicativos. Sobre esa consideración, los ensayos visuales son una apuesta interesante para poner en valor las experiencias de las mujeres y problematizar el modo en que sus cuerpos interactúan con sus espacios desde sus propias miradas. Es, a la vez, una manera de valorizar lo que muchas veces pretende ser, bajo ciertas perspectivas, actividades insignificantes por su repetición cotidiana. Así, a través de los ensayos visuales, se buscó la aproximación a una suerte de biografía espacializada; es decir, entender cómo los cuerpos de las mujeres de la comunidad El Porvenir devinieron en espacios, contenedores de inscripciones afectivas, perceptivas y espaciales.

Mediante estos dispositivos se promovió una experimentación personal, en la cual se combinó lo visual con lo verbal para abrirse a la propia trayectoria, corporizándose un tiempo y un espacio, y construyendo una visualidad desde una forma de presentarse. Esta técnica metodológica, facilitó aproximarse a un “modo de ver” de las mujeres de El Porvenir sobre sus espacios; la cual, si bien encontró cierta coherencia con los significantes presentes en la imagen, también se conjugaron con la dispersión personal, al estar montado sobre una cadena de asociaciones propias. Lo íntimo, por tanto, entendido como la información extra-verbal encarnada en los cuerpos, se puso en diálogo con la “memoria materializada” y la “oralidad corporal” (Marcos, 2014) en las fotografías, incursionando en asociaciones personales que revelaron experiencias espaciales vividas y habitadas por las mujeres.

Así, los ensayos visuales permitieron organizar la experiencia desde la visualidad, y problematizar la comprensión de los modos cómo las mujeres habitan sus espacios; cómo se sitúan sus experiencias en sus espacialidades; y qué características adopta su geo-política barrial. De ahí que lo más importante en estas elaboraciones visuales, no fueron los elementos presentes en la imagen, sino la selección de fotografías, el modo cómo fueron organizadas, asociadas, nombradas,

y los sentidos que rodearon la construcción visual. Esto, porque la creación del sentido surgió en el ensamblaje de las imágenes, comprendiéndolas más allá de su relación de semejanza con respecto a lo real (Buck-Morss, 2009; Dubois, 2008).

### **Una etnografía junto con las mujeres de la comunidad El Porvenir**

El trabajo de campo se inició a mediados de 2017, cuando se conoció la comunidad El Porvenir al sur de Quito por intermediación de conocidos que vivían allí. Desde ese año, se visitó la comunidad cada quince días por seis meses. Fue ahí donde se conoció las experiencias de las últimas tomas de terreno ocurridas en el sur de Quito, los dirigentes, las familias, la historia de la Comunidad, las mujeres y sus trabajos. Esta primera inmersión al campo permitió que se construyeran relaciones de confianza, y asintió el trabajo con el mundo femenino. También coincidió con la construcción de la Casa Comunitaria de la comunidad, con lo cual se dieron mingas de trabajo durante todas las semanas. En esta coyuntura, se realizaron registros fotográficos del trabajo de construcción, y específicamente se logró mayor contacto con las mujeres que también estuvieron participando de este espacio.

Durante 2018, y ya conociendo la comunidad y a las familias, se buscó compartir con las mujeres desde sus experiencias cotidianas sin ningún tipo de exploración predefinida. Se visitaron sus casas y se pasó largo rato con ellas; en silencio o conversando temas puntuales del día a día. Se les acompañó a cocinar, cosechar, limpiar e ir a buscar agua. A veces, se les preguntó si se podían sacar fotos; pero en general se sintieron incómodas frente a la cámara, desechando la intención. Se conoció a sus hijos y a sus esposos; y en este compartir cotidiano, se observó el cuidado que tenían para hacer sus labores, aún cuando estaban cansadas de todas sus actividades diarias.

En este contexto, para dar continuidad a la investigación, en términos metodológicos esta propuesta se constituyó de cuatro momentos. El primero fue resultado de lo comentado anteriormente,



donde se propuso una cámara exploratoria que estuvo registrando acontecimientos cotidianos de la comunidad durante seis meses. Esta cámara —aún no feminizada— capturó especialmente los momentos comunitarios, como lo eran las fiestas, las mingas, la venta de los productos en la feria orgánica, o la realización de asambleas. Al cabo de estos seis meses se tuvo un corpus de más de 200 fotos de la vida cotidiana de la comunidad El Porvenir.

Luego, en un segundo momento, se propuso realizar un taller de fotografía con las mujeres para conocer cómo ellas percibían y vivían la comunidad; el modo cómo otorgaban significados a los lugares a través de sus prácticas cotidianas; y entender cómo el cuerpo se yuxtaponía con sus labores, saberes, emociones y afectos. Para esto se adquirieron 12 cámaras fotográficas desechables, con la intención de que cada mujer participante del taller sacara un total de 27 fotografías, las que luego se compartirían para conocer las razones que habían motivado esas capturas. Dado el tiempo de haber estado yendo a la comunidad, se había desarrollado un vínculo con siete mujeres, a quienes las invitamos a participar directamente, y también preguntamos si sabían de otras mujeres que podían verse interesadas.

Sin embargo, cuando se empezó a conversar con las mujeres sobre el taller, fue muy clara la brecha que se situó entre los deseos investigativos y sus intereses. Mientras se hizo una demostración con la cámara fotográfica; ellas miraron con distancia y nerviosismo, disimulando con un tímido “no sé” al tener la cámara en sus manos. Ante estas circunstancias, fue necesario replantear la metodología del taller de fotografía.

Considerando entonces, que ya había una complicidad con varias familias, además de la buena recepción que las mujeres tuvieron para contar sus experiencias, se propuso acompañarlas en sus actividades cotidianas, donde, en diálogo con ellas, acordar las fotos que íbamos tomando. En este segundo momento, si bien se les alentó a que ellas las tomaran, esto definitivamente no sucedió. Esta situación hizo que los registros fotográficos, por más conversados que fueron,

respondieran también a las selecciones y sesgos de quienes tomábamos las fotos. Así, las imágenes son un resultado entre nuestras miradas y las de ellas; en un ejercicio de cámara explorativa-reflexiva que se mantuvo durante la investigación.

**Imagen 2 y 3**

*Mujeres seleccionando fotografías para ensayos visuales*



*Nota.* Isabel Yáñez, 2018.

Al cabo de dos meses de registros fotográficos continuos en la comunidad, se levantaron aproximadamente 300 fotografías, de las cuales se seleccionaron cerca de 100 y se regresó a la casa de las siete mujeres participantes para mostrarles las fotos tomadas.

En un tercer momento se les solicitó realizar un nuevo ejercicio. Se les pidió seleccionar entre cinco y siete fotografías para, luego de esto, contar una historia personal, ponerle un nombre a la serie y darle un orden (imagen 2 y 3). Cada uno de estos relatos constituye un ensayo visual de las mujeres del Porvenir, los cuales luego fueron incluidos dentro de una cartulina que permitió la construcción de un ensayo colectivo. Este “álbum del colectivo” dio cuenta de distintas capas del territorio de manera general; pero, este no fue trabajado como un dispositivo cartográfico o mapa, en la medida que faltaron elementos que permitieran construir un acceso más pormenorizado al territorio.

No obstante, en este tercer momento se facilitó una entrada femenina a la memoria social y cultural de la comunidad El Porvenir, observándose la historia social, visual y colaborativa que experimentó el proceso de gestión de esta comunidad. Mediante el ejercicio de ensayos propuesto, se dio a conocer con voces polifónicas el proceso en El Porvenir, operando de manera dual: “a) como estrategia metodológica y técnica en la práctica etnográfica, y b) como metáfora del conocimiento y de las formas particulares de conocer el mundo” (Grimshaw, 2001, p. 7; Grau Rebollo, 2012, p. 171).

La imagen 4 muestra cómo se fue “poblando” el álbum de las mujeres de El Porvenir con base a sus relatos individuales. Ellas eligieron con qué fotos querían presentar sus espacialidades, sin importar si aparecían ellas directamente, o si eran parte de otras visitas, cuando se compartía y acompañaba a otras mujeres.

**Imagen 4***Álbum mujeres El Porvenir*

*Nota.* Isabel Yáñez, 2018.

Este “Álbum de mujeres”, inaugura el cuarto momento de la propuesta metodológica, el cual trajo consigo algunos hallazgos: primero, el modo cómo las mujeres se enfrentaron a las fotografías, ya que varias de ellas, poco familiarizadas con las imágenes como lenguaje, no supieron —en un primer acercamiento— qué seleccionar y qué contar. No obstante, el proceso de elección y reconocimiento hizo que ellas establecieran una relación íntima con cada imagen, observándola detenidamente y sumergiéndose en sus memorias a través de lo visto. El segundo se relaciona con que, si bien las fotografías no fueron incluidas inicialmente como “disparadoras” de sentidos en la propuesta metodológica, en el ejercicio pasaron a constituirse en materiales que provocaron de manera incidental un acercamiento diferente.

El archivo fotográfico presentado se constituyó para ellas en una suerte de “memoria visual” individual y colectiva, donde se reconocieron en cada imagen; más allá de si eran ellas u otras compañeras las que aparecían. Esto desplegó una empatía entre ellas, reforzándose la referencialidad del cuerpo social femenino. Y, el tercer hallazgo, se relaciona con la construcción de las narraciones visuales, en las que se logró la asociación de imágenes, y la construcción de sentidos y significados individuales y colectivos de ellas en y con el espacio. Esto superó lo visto, y permitió abordar distintas dimensiones y capas del mundo social femenino, alcanzando una suerte de ejercicio sinérgico, donde el conjunto sumó más que las partes independientes.

A continuación, se presentan tres ensayos visuales individuales y uno colectivo de los desarrollados durante el terreno en El Porvenir. Estos están individualizados a través del nombre de quién realizó el montaje y del título propuesto. Los pies de foto también corresponden a lo que las mujeres indicaron durante su narración. El relato se presenta de manera intercalada con las imágenes, en un intento por transmitir lo que despertó en ese momento el encuentro fotográfico sobre las espacialidades de las mujeres. Esta metodología alcanzó nuevas densidades y texturas; mostrando no solo cómo habitan y perciben su espacio, sino también cómo se entienden las mujeres de El Porvenir, como un cuerpo individual y colectivo.

## **Ensayos visuales con las mujeres de la comunidad El Porvenir**

### ***Ensayo 1: “Elaboración de nuestro trabajo y de nuestra familia”***

El primer ensayo visual fue realizado por la señora Rosa Ortiz, quien llegó de la provincia de Cotopaxi a la ciudad de Quito después de enviudar, haber sido víctima de violencia doméstica, y de que sus hijos e hijas la dejaran luego de casarse. “Yo vine solita porque vivía mal. No me venía a ver nadie (...) Ya cogiendo el terrenito yo decidí venirme solita” (Rosa Ortiz, mayo 2018, entrevista).

### Ensayo 1. Fotografía 1.1.

*“De aquí viniendo a preparar la comida”, 2018*



Con la llegada de la señora Rosa a la comunidad El Porvenir cambió su percepción sobre ella misma; gana confianza al tener un soporte de tierra propio, y esto provoca que ella redefina la relación consigo misma. “(...) cuando yo vine y cogí el terreno, ahí me armé de coraje. Pero cuando no tenía terreno, yo vivía nomás, lucha y lucha” (Rosa, mayo 2018, entrevista). Coger el terreno se inscribe en la historia personal de Rosa como una experiencia crucial, pues dejó solo de sobrevivir, como ella lo establece en la expresión “yo vivía nomás, lucha y lucha”. A su vez, la entrada al terreno de la comunidad es una historia de mucho enfrentamiento, lo cual es valorado por Rosa como el momento en el que se “armó de coraje”; de una fuerza interior que la hizo creer en ella.



## Ensayo 1. Fotografía 1.2

*“Estoy cocinando”, 2018*



Para el ensayo visual, Rosa escoge las fotografías donde ella sale haciendo algo; pues la actividad es parte de su aproximación al mundo. Ella no ha tenido derecho al descanso, ni a la pasividad; y como tal, en su mirada solo cabe definir su ser a partir de su hacer. Todos los espacios que muestra son obra de su práctica, volviéndose un espejo de lo que ella quiere presentar de su aporte a la comunidad. Esta consideración explica el título de este ensayo, donde Rosa valora el hacer al llamarlo “elaboración nuestra y de nuestra familia”. Pero el “nuestra” son las mujeres, como si su ensayo visual hablara no solo de ella, sino de todas las mujeres, y cómo trabajan para el sustento de sus familias. Rosa indica “todo esto yo misma hice”, definiendo su espacialidad por el hecho de que todo lo que se ve ha dependido de ella. En este sentido, lo propio, que es obra de su factura artesanal, se encarna en ella, desarrollando un orgullo que quiere mostrar.

### Ensayo 1. Fotografía 1.3

*“Si preparas para hacer la comida para el grupo.*

*Todas preparamos. Las mujeres que hemos estado agrupadas”, 2018*



Su ensayo visual, sin embargo, no se reduce a las “labores domésticas”, pues lo visto alude al mundo que ella construyó para y desde ella. Así, lo que muestra es su “memoria del hacerse” a sí misma, como un recorrido de reconocimiento en la apropiación de su experiencia. Esto es relevante, pues lo que importa es cómo se construye una relación desde su cuerpo con el espacio, y cómo a través de esa interacción se iluminan otros aspectos espaciales a través de las imágenes.

Un elemento interesante de destacar en este ensayo visual, está asociado al valor de la comida. En efecto, es posible observar que la mayoría de las fotos seleccionadas y en la narración construida, hay una atención al cocinar, nutrirse, y compartir a través de esa acción con otras mujeres. Alimentar, por lo tanto, refiere a una experiencia práctica y sensible a la vez, no es solo una reproducción, sino una forma de ocupar y producir el espacio, tanto internamente, como en la escala del barrio.



### Ensayo 1. Fotografía 1.4

*“Aquí estoy cocinando en mi casa”, 2018*



Así, para Rosa, quien ha pasado por múltiples situaciones de violencia en su vida, el comer es una señal de estar viva. Mostrarse cocinando, en su cocina, y con otras mujeres preparando una comida son expresiones de un espacio sano, que produce y que puede compartir alimento. Es su estrategia de auto defensa, “si no cultivo, no voy a comer. Los hombres pueden no trabajar, pero va a haber alguien que les dé comer” (Rosa Ortiz, mayo 2018, entrevista). Saber prender el fuego y saber cocinar, por lo tanto, no son señales de lo doméstico, sino al contrario: de su independencia. Esto, a diferencia de los hombres, que “dependen de que alguien les sirva”, en sus palabras.

### Ensayo 1. Fotografía 1.5

*“Aquí el trabajo para el sustento de mi persona y mis hijos”, 2018*



A través del ensayo visual realizado por Rosa es posible dar cuenta de su espacialidad, asociada a la cocina y al trabajo, como dos dimensiones vinculadas estrechamente por el alimento, tanto en su consumo, producción y venta. En este sentido, el espacio vivido, con base a su experiencia de escasez y de mucho trabajo, alude a un espacio donde ella puede estar y vivir. “Cuando estoy así trabajando, ya me concentro en trabajar, en hacer. Y cuando me vuelvo a sentar (...) ya de nuevo me siento malita” (Rosa Ortiz, mayo 2018, entrevista). El hacer para Rosa, por tanto, es su forma de no sentirse mal, tal como se ve en su ensayo visual, donde arma una narración asociada a sus actividades, un poder hacer que la mantiene fuerte.

Así, Rosa establece su control territorial a través de la producción del alimento. Es lo que delimita su frontera con el resto, y a la vez le permite generar solidaridad y alianzas. Mira su espacio con el calor de saber que todo es gestado por ella, con la sensibilidad de reconocer el esfuerzo que hay detrás, y a la vez, con la certeza de algo propio.

## ***Ensayo 2: “Somos mujeres trabajadoras de El Porvenir”***

El segundo ensayo visual fue realizado por Rosa Milingallo. Su experiencia es parecida a la de Rosa Ortiz, condicionada por violencia doméstica constante y la migración del campo a la ciudad. Rosa llega a la comunidad desde Angamarca, sin saber a dónde venía ni qué iba a hacer. Decide llegar a Quito porque sus hijos toman la opción de buscar trabajo en la ciudad, y no quería quedarse sola. “No se imagina la pobreza” dice.

Su ensayo visual está compuesto de cinco fotografías y lo denominó “Somos mujeres trabajadoras de El Porvenir”, en evidente alusión a la centralidad de lo productivo en su identificación; cuestión que está relacionada con la misma pobreza que ella reconoció en un inicio. Rosa organizó un ensayo visual guiado por las mujeres que aparecen en las imágenes, no por lo representado en la imagen en sí. Al observar las fotografías, Rosa, de inmediato, reconoce el trabajo que hacen las mujeres en la comunidad, y el peso que ellas tienen como trabajadoras y mujeres productivas. Es esto lo que Rosa quiere mostrar sobre ella, acompañada de las otras mujeres de la comunidad.

### **Ensayo 2. Fotografía 2.1**

*“La señora está con el maíz”, 2018*



En la fotografía 2.1., Rosa cuenta que a la señora de la foto la conoció cuando llegó a los terrenos, y que desde que la conoció sabe cuánto le gusta cosechar maíz. En este sentido, la fotografía es elegida por vínculos afectivos, asociados a la persona que aparece y al trabajo que está realizando. Es como si supiera que esta mujer está feliz en este momento, y la incluye en su ensayo, en un querer compartir y exteriorizar esa emoción.

### **Ensayo 2. Fotografía 2.2**

*“Me gusta que está haciendo una casa”, 2018*



En su siguiente elección (fotografía 2.2.), admitió no conocer mucho a la mujer de la foto; sin embargo, lo que importó fue el valor del trabajo que se está llevando a cabo, y que ella denominó como “una obrera de construcción”. La observación y selección de las fotografías para el ensayo fue despertando la memoria de Rosa sobre las actividades y las mujeres que aparecen en las imágenes. En la mirada se va



hilando su biografía relacionada con las mujeres que la recibieron desde que llegó a la comunidad. Su espacialidad es su espacio compartido con esas mujeres.

### **Ensayo 2. Fotografía 2.3**

*“Aquí con la alfalfa de los cuyes”, 2018*



De esta manera, la relación que ella establece con el espacio está sujeta por estos marcos espaciales donde aparecen distintas mujeres. Las imágenes son detonadoras y actualizadoras de la memoria de Rosa, en la medida que ella narra los encuentros con estas mujeres. Conforme a ello, la espacialidad no puede desligarse de las personas, y con ello, la apreciación del lugar, también está incidida por las experiencias compartidas con las personas en esas circunstancias.

## Ensayo 2. Fotografía 2.4

*“Lavando las papas, es una imagen muy típica”, 2018*



Ante ello, es posible hablar de una biografía espacializada, “donde lo cotidiano se constituye en memoria que perdura para volver a actualizarse. Los cuerpos, con su gestualidad expresan parte de esa memoria de lo vivido. Es (...) en cada vida, donde se producen los entrelazamientos de la cotidianidad, la subjetividad, las corporeidades y las emociones (...)” (Lindón, 2012, p. 705). En efecto, en las imágenes seleccionadas por Rosa para su ensayo visual hay una centralidad de “las mujeres” como las ocupantes del espacio, a quienes conoció desde que llegó al terreno, y quienes le siguen acompañando en su espacio vivido femenino. Esto permite explorar la “intercorporalidad” que se traduce en la vida cotidiana de Rosa al poner en el cuerpo del otro sus propias prácticas, contextos y circunstancias (Lindón, 2012).

Esta consideración cobra mayor sentido cuando Rosa señala que: “no conocía yo a nadie. Demoraron un poquito en recibirme,

pero bueno. Después ya me fui conociendo con la gente. Paso feliz cuando nos juntamos abajo. Siempre en todas partes hay más mujeres. Yo pienso que está mal enseñado el hombre. Coge y se chuma” (Rosa Milingallo, junio 2018, entrevista). El ensayo visual de Rosa recoge una suerte de referencialidad y solidaridad dada entre mujeres. Su cuerpo-territorio se conforma con base a esas relaciones, en las cuales los hombres muchas veces no se incluyen. Esta consideración está dada por la experiencia compartida de las mujeres, que abre la ventana hacia un cuerpo común para comprender la experiencia espacial de Rosa.

### **Ensayo 2. Fotografía 2.5**

*“A la señora le pregunté si había terrenos”, 2018*



Rosa no muestra labores domésticas clásicas. Tampoco muestra paisajes, animales, actividades comunitarias o a niños. Selecciona fotografías con base en su experiencia de llegar al terreno, a la gente que conoció, los contactos que hizo. A través de su ensayo es posible explorar en la concepción de una espacialidad inevitablemente femenina.

Al mirar con más detalle las imágenes, se ve cómo el cuerpo está inmerso en el espacio de la comunidad. Las fotos están atravesadas por el tacto y las manos, ya que en todas las mujeres se encuentran en contacto directo con lo que están haciendo. Este enfoque, si bien no fue atendido en términos narrativos por Rosa, es mencionado porque es a través de la presencia física, el modo como las mujeres se han apropiado de los espacios en la comunidad. Tal como lo señala Lindón:

Es por el cuerpo y la corporeidad que el sujeto constantemente experimenta el alejamiento a ciertas formas de otredad y con relación a algunos objetos, así como el acercamiento de unos y otros. El alejamiento y el acercamiento son fenómenos espaciales y corporales al mismo tiempo. (Lindón, 2012, p. 718)

Correspondiente con lo anterior, en la mirada que Rosa transmite sobre su espacio, hay una especial atención a distinguir el lugar de las mujeres en la comunidad El Porvenir. Su espacio vivido es con otras mujeres, relacionado a la actividad que realizan desde sus propios cuerpos, atravesados por inscripciones similares. Esto conlleva a otras preguntas sobre lo social, en la medida que el “silencio visual”, o todo eso que no se ve dentro de este ensayo, está asociado con lo masculino y a las actividades domésticas más comunes. Desde Rosa surge una significación espacial que deja afuera a los hombres, no participan de la historia del lugar para ella, con lo cual le carga de otros valores a la comunidad. Para Rosa el espacio es de las mujeres, donde existe una red femenina, y donde sus cuerpos han dispuesto sus sensibilidades corporales para la producción espacial que encarnan.



### ***Ensayo 3: “Lo que está por-venir”***

El tercer ensayo visual fue creado por Narcisa Gallo, está compuesto por seis fotografías y se denomina “lo que está por-venir”, en un juego de palabras con el nombre de la comunidad. Narcisa llegó al Porvenir hace dos años desde la provincia de Santa Elena, ubicada en la costa ecuatoriana. Llegaron luego de la muerte de sus dos hijos: uno por negligencia médica, y el otro durante un asalto. Cuando se le pregunta: “¿qué es lo que está por-venir?”, ella contesta: “Una vida mejor, unos mejores tiempos, un proyecto que sea propio” (Narcisa Gallo, junio 2018, entrevista).

#### **Ensayo 3. Fotografía 3.1**

*“Aquí llegando a trabajar”, 2018*



Este ensayo visual incluyó otras dimensiones que estuvieron menos explícitas en los ensayos anteriores; asociados al tiempo, al lugar de la acción y la consecuencia, y al modo como esta linealidad

es vivida en una experiencia de agricultura urbana, donde efectivamente, se siembra lo que se cosecha. Esta consideración temporal está planteada desde el inicio al titularlo “lo que está por-venir”, es decir, algo en camino, una expectativa, un deseo.

En este sentido, la narración de Narcisa opera desde una serie de actos sucesivos, que se encadenan a través del alimento. La vida, por tanto, se manifiesta en términos progresivos, donde los escenarios transitan entre las distintas actividades que hacen posible la vida en esta comunidad.

### **Ensayo 3. Fotografía 3.2**

*“Aquí ya cosechó maíz”, 2018*



De acuerdo con ello, Narcisa rescata la acción y el indicio manifiesto en las fotografías, antes que cualquier alusión a las personas que

aparecen. Hay una suerte de mirada pragmática al dispositivo visual, del mismo modo que la historia se desenvuelve dentro de un marco de posibilidades lineales, y donde la narración tiene una proyección hacia un momento posterior. En sus palabras, “una vida mejor”, que está homologada con “algo que sea propio”.

**Ensayo 3. Fotografía 3.3**

*“Reunidos todos para la casa barrial”, 2018*



Pero, “qué es lo propio”, sino un descanso, una certeza, un soporte que da control a la experiencia; y este ensayo se entiende en esa dirección, donde la acción se dirige a la consecución de dicha tranquilidad, que en el fondo sugiere que en la vida cotidiana aún hay mucha lucha, y miedos por lo que pueda pasar. De acuerdo con lo anterior, es interesante que este control de la situación para alcanzar cierta estabilidad, esté asociado al colectivo, como personas con quienes hay que ponerse de acuerdo para llevar adelante el proceso comunitario. Así, por más

que haya una búsqueda por algo mejor, esta no puede ser individual, y la señora Narcisa lo sabe, y lo incluye en su narración.

Desde su narración, en sus imágenes solo aparecen mujeres, ante lo cual ella comenta: “Se ve que las mujeres corren para allá, para acá... El frío les afecta. El cansancio, la fuerza se va. Los hombres no se ven... están... las mujeres son las que más saben qué se necesita hacer” (Narcisa Gallo, mayo 2018, entrevista). Así, las mujeres son las que sostienen la vida en El Porvenir, le dan vida al trabajarlo, al juntarse, al preocuparse por los detalles, mientras los hombres no están, y tampoco saben lo que se requiere. De sus palabras se desprende que hay una diferencia muy grande con respecto al mundo masculino, como si su habitar fuera más superficial, por el solo hecho de estar menos conectados con las implicancias del lugar.

### **Ensayo 3. Fotografía 3.4**

*“Aquí reunidos para la feria”, 2018*





### Ensayo 3. Fotografía 3.5

*“Haciendo comida con un grupo de compañeras”, 2018*



La última imagen de este ensayo (fotografía 3.6.) fue identificada por Narcisca con un “aquí ya hemos cosechado cebolla”, como si su ensayo hubiese sido una fórmula para el éxito, para la abundancia, donde el trabajo femenino, por más que esté cansada y tenga frío, saca adelante la vida. En este sentido, su mirada está atravesada por la obligación del trabajo, que en estas condiciones, es una expresión de lo involucrada que está con el territorio. Así, el control territorial femenino vuelve a ser una posibilidad para una buena cosecha.

### Ensayo 3. Fotografía 3.6

*“Aquí ya hemos cosechado cebolla”, 2018*



La espacialidad, en su mirada, no puede dissociarse del rol de las mujeres, quienes son las encargadas de la siembra y de darle la mantención al espacio. Esta puesta en escena, da cuenta también de un saber biográfico de Narcisa en torno a la tierra, y al trabajo de campo, en la medida que se observa una corporización de prácticas con base a su propia biografía. “Por esta apropiación del conocimiento espacial a lo largo de las experiencias vividas, su análisis se enriquece si se considera a la luz de la trayectoria biográfica y particularmente, a través de sus espacios de vida” (Lindón, 2012, p. 708).

A partir de este conocimiento espacial corporizado, Narcisa sabe el valor de lo colectivo, y lo manifiesta en su mirada. Por ello, se observa un valor de los espacios compartidos, como “momentos que me gustan porque salimos de la casa. Nos encontramos. Nos reímos” (Narcisa Gallo, marzo 2018, entrevista). En efecto, en su selección se

exponen espacios donde Narcisa se siente bien, acompañada, como una organización visual de su propia búsqueda de vitalidad, asociada a la siembra, a la reunión, y a su proyecto propio de vida.

#### ***Ensayo visual colectivo 4: “Unión y comercio”***

Este último ensayo es colectivo, y fue realizado un día antes del “día de la madre” (domingo 13 de mayo 2018), por cuatro mujeres que se encontraban conversando a las afueras de las oficinas de la Asociación de El Porvenir. Les preguntamos si querían ver las fotos y construir una historia de manera compartida. Entre risas aceptaron, mientras conversaban “mañana es el día de la mujer, pero es como si fuera el día del hombre. Ellos se la pasan tomando, son los primeritos en no hacer nada, mientras la mujer está cocinando” (nota diario de campo, 12 mayo 2018).

#### **Imagen 5**

*Mujeres mirando las fotografías. Domingo, 13 de mayo 2018*



Cada una de las mujeres eligió una fotografía, y con base a estas se logró establecer distintas reflexiones sobre sus experiencias en El Porvenir. El título del ensayo es “Unión y comercio”, haciendo alusión a las actividades en el mercado de los fines de semana, y como estas actividades atraen a las personas de la comunidad. Tal como se observa en este ensayo colectivo, las miradas se fijaron en los aspectos comerciales de las mujeres de El Porvenir, mostrando en la primera imagen un día de la caja de ahorro, otras del trabajo en la feria orgánica, y la última de una mujer maestreando en su casa.

#### **Ensayo 4. Fotografía 4.1**

*“Aquí el emprendimiento de la caja de ahorro”, 2018*



En las imágenes seleccionadas, hay una cuestión asociada a la red femenina que se ejercita en la comunidad, donde, como señaló una de las mujeres, “el trabajo trae comercio, y el comercio trae unión” (nota diario de campo, 12 de mayo 2018). En este sentido, hay una intención deliberada de mostrar lo femenino como una construcción



colectiva, donde la red y la socialización es parte de vivir en la comunidad. Expresión de ello, es como identifican la primera imagen de este ensayo: “un hacer a diferencia del decir”, que es como generalmente problematizan la acción masculina.

#### **Ensayo 4. Fotografía 4.2**

*“Hay una gran diferencia entre el hablar y el hacer”, 2018*



En este ensayo las interpretaciones de las imágenes cobran un potencial mayor al visto anteriormente. En la tercera imagen se habla de una transmisión generacional, que, para el caso del modo de vida de la comunidad, el trabajo y el devenir mismo de la vida son indisociables. Por ello, cuando se habla de una organización femenina en la que todas las edades participan, se da cuenta también de una noción de horizontalidad, donde el compartir es un elemento vital en su forma de concebir la producción espacial.

#### Ensayo 4. Fotografía 4.3

*“No importa la edad cuando uno quiere trabajar”, 2018*



La última foto, aun cuando se descuelga de los emprendimientos colectivos de las mujeres, sí reafirma una apropiación espacial desde ellas, abriendo el régimen de visibilidad a través de la idea “no solo los hombres trabajan”. De acuerdo con ello, este ensayo, que obra como una suerte de espejo de cómo quieren ser vistas, da cuenta de esa experiencia común del espacio vivido, donde lo doméstico y lo público se reúnen, más allá de las figuras de sus maridos y familias. Son esos los espacios mostrados, esos que ellas mismas han movilizado y habilitado, donde su acción espacial está centrada en alcanzar una autonomía con respecto a los roles de género dominantes. Como ellas señalan:

Hay que tener lo propio, dicen las mujeres. Contando historias de maridos que no las dejan hacer nada, padres que no les quisieron transmitir sus oficios, y como ellas tuvieron que ingeniárselas para aprender y así alcanzar independencia. “No hay que conformarse y pedirle al marido”, dicen. (nota diario de campo, 28 de abril 2018)

#### **Ensayo 4. Fotografía 4.4**

*“Todas podemos hacer”, 2018*



Así, un conocimiento que estas mujeres buscan transmitir en su ensayo visual es la importancia de salir de la casa, como un saber corporizado para constituirse en sujetas autónomas. Cabe también dar cuenta del lugar que el vínculo social tiene para ellas, donde el comercio, además de su alcance mercantil, es un espacio de encuentro con otras personas, valorizándose lo orgánico que es compartir, solidarizar, reconocerse, escucharse y ser.

#### **Reflexiones finales**

En este estudio, que se realizó entre los años 2017 y 2018, las mujeres de El Porvenir al sur de la ciudad de Quito problematizaron sus formas de relacionarse y gestionar los espacios de la comunidad. A través del uso de fotografías y la creación de ensayos visuales individuales y colectivos por parte de las mujeres, se crearon narrativas

y reflexiones sobre la construcción territorial femenina. Estos fueron asociados no solo a su rol doméstico, sino principalmente a sus actividades productivas. Las mujeres incluyeron en sus narrativas a otras mujeres, desarrollándose un sentido de colectividad femenino y reconocimiento sobre ellas mismas al haber enfrentado circunstancias similares que las llevó a ese lugar. En este proceso las mujeres construyeron lazos, confianzas, empatías y regímenes visuales sobre ellas, posicionándose a escala comunitaria.

En el ámbito metodológico se estableció la relevancia de lo visual para re-considerar lo ya conocido y establecido. En este sentido, las imágenes no solo dieron cuenta de su contenido inmediato, sino que los “silencios visuales” facilitaron la reconstrucción de historias, socialidades y memorias; profundizando en los valores de las imágenes en torno al conocimiento antropológico y a la experiencia etnográfica. Se destaca también el valor del montaje como estrategia narrativa, donde las asociaciones entre fotografías facilitaron la emergencia de significados más profundos que proyectaron experiencias biográficas. Considerando la complejidad del habitar, como experiencia en que se reúnen dimensiones históricas, sociales y espaciales, la visualidad fue una entrada para explorar toda la trama de sensorialidades. A su vez, se constató cómo la memoria está cargada de imágenes, y cómo estas detonan de manera inesperada una narrativa asociada al cuerpo social femenino.

También los ensayos visuales dieron cuenta de un profundo sentido hacia la vida por parte de las mujeres, no únicamente maternal, sino asociado al torrente orgánico que asegura la reproducción del grupo. En este sentido, a través de sus miradas, se estableció cómo en la escala del barrio se resignifican las relaciones de género, porque son las mujeres las bases sociales de los procesos espaciales y productivos que ahí ocurren. Si bien esto no altera el orden patriarcal local, donde los hombres ocupan los puestos de dirigentes, las mujeres mantienen el control territorial femenino.

En el ámbito de lo teórico, se reconoce la categoría de “cuerpo-barrio” como forma de comprender la acción espacial femenina en

la escala del barrio y los procesos de apropiación de las experiencias corporales, las cuales se vuelcan a un reconocimiento y cuidado sobre ellas mismas. A partir de esto, las mujeres de El Porvenir fueron progresivamente encontrándose en la escala comunitaria, en orden a movilizar un lugar más ameno y cómodo para el flujo social y orgánico. El “cuerpo-barrio”, por tanto, evoca esa unidad territorial reapropiada, que es interdependiente con el entorno ecológico en el que se sitúa, y que se soporta mayormente en las relaciones femeninas. En definitiva lo que se observó es una reterritorialización del sentido comunitario a través de la espacialidad de las mujeres.

Al situar la mirada en lo micro, y la escala temporal de la cotidianeidad y espacial del cuerpo, fue posible advertir que, si bien los ejercicios espaciales no se encuentran desvinculados de las estructuras y discursos macro dominantes, tampoco son los únicos presentes. Se observaron formas espaciales en coexistencia con esas imposiciones, las mismas que fueron asimiladas y defendidas como políticas espaciales, centradas en procesos de autodeterminación iniciados con las “tomas de sus cuerpos”. Por ello, las mujeres prefieren mostrar sus roles productivos y comunitarios, donde ponen en valor el encuentro y el trabajo con otras mujeres, además del ejercicio de redes de cariño, solidaridad y empatía. La forma femenina de producir espacios está relacionada al tacto, a la sensibilidad, al trabajo permanente y a la multiplicidad de otras funciones.

Con relación a la construcción de la mirada y el punto de vista, estos están asociados a los procesos de reflexividad que son parte de la investigación antropológica. En ese sentido, la propuesta buscó ser un aporte para futuros procesos de investigación interesados en poner en valor las experiencias que no responden al “sujeto universal”. De acuerdo con ello, la inclusión de la multisensorialidad, de un proceso de reconocimiento de las personas participantes de la investigación, de situar el lugar desde donde se está enunciando el trabajo de campo, son todas variables que contribuyen a un ejercicio situado y comprometido con la construcción de una mirada propia.

Finalmente, a partir de la metodología planteada, se alcanzó el “énfasis en el ‘punto de vista’ privado, la memoria, la autobiografía, y el estatuto mítico de la fotografía, como una especie de resto de memoria materializada inscrita en el contexto de asociaciones personales y ‘perspectivas’ privadas” (Mitchell, 2009, pp. 251-252). Así, la importancia de la visualidad radicó en la posibilidad de poner en imágenes el modo cómo las mujeres se conciben a sí mismas y a sus espacios, transformando las formas en que se miran, se las representa y piensa.

## Referencias bibliográficas

- Achig, L. (1983). *El proceso urbano de Quito (Ensayo de Interpretación)*. Centro de Investigaciones Ciudad.
- Berger, J. (1972). *Modos de ver*. Edición Inglesa.
- Buck-Morss, S. (2009). Estudios visuales e imaginación global. *Revista Antípoda*, (9), 19-46.
- Cabnal, L. (2010). Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala. En *Feminismos diversos: El feminismo comunitario*. ACSUR-Feminista Siempre.
- Carrión, F. (1987a). *Quito. Crisis y política urbana*. Editorial El Conejo.
- Carrión, F. (1987b). Las políticas urbanas del Municipio de Quito. En S. Escobar (ed./coord.), *El proceso urbano en el Ecuador*. ILDIS.
- Carrión Sarzosa, N. (2009). La política de las mujeres de sectores populares. Reorganizando el feminismo en el Ecuador. *Revista Feminista Flor del Guanto*, (2). <https://bit.ly/46NfE8I>
- Cruz Hernández, T. (2020). Mujeres, cuerpo y territorio: entre la defensa y la desposesión. En T. Cruz Hernández y M. Bayón (coord.), *Cuerpos, territorios, y feminismos. Compilación latinoamericana de teorías, metodologías, y prácticas políticas*. Abya-Yala.
- Dubois, P. (2008). *El acto fotográfico y otros ensayos*. La Marca Editores.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficantes de Sueños.
- Grau Rebollo, J. (2012). Antropología audiovisual: reflexiones teóricas. *Alteridades*, 22(43), 161-175.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra.



- Lefebvre, H. (2013). *La producción social del espacio*. Capitán Swing Libros.
- Lindón A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 1(1), 6-20.
- Lindón, A. (2012). Corporalidades, emociones y espacialidades. Hacia un renovado betweenness. *RBSE-Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 11(33), 698-723.
- Lindón, A. (2015). Del espacio público de las hexis corporales al de las afectividades brumosas y no discursivas. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 17(7), 8-19.
- MacDougall, D. (2006). *The corporeal Image. Film, ethnography, and the senses*. Princeton University Press.
- Marcos, S. (2014). Feminismos en camino descolonial. En M. Millán (coord.), *Más allá del feminismo: caminos para andar* (pp.15-34). Red de Feminismos Descoloniales.
- Mitchell, W. J. T. (2009). *Teoría de la imagen. Ensayos sobre representación verbal y visual*. Ediciones Akal.
- Rodríguez, L. (1996). *Mujeres de barrio*. CEPAM.
- Santillán, A. (2015). Quito: materialidad y ficción de una ciudad segregada. Un balance de la bibliografía disponible. *Cuestiones Urbanas*, 3(1), 93-115.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños.
- Sharp, J. (2005). Guerra contra el terror y geopolítica feminista. *Tabula Rasa*, (3), 29-46.
- Soja, E. (1997). "El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica". Conferencia, en 6to. Encuentro de geógrafos de América Latina. 17-21 marzo. Buenos Aires, Argentina. <https://bit.ly/44DNEIW>
- Soja, E. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Traficantes de sueños.
- de Sousa Santos, B. (2006) *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. CLACSO.
- Ulloa, A. (2016). Feminismos territoriales en América Latina: defensas de la vida frente a los extractivismos. *Nómadas*, 45(9).
- Vizueté, C. (2015). *Quedaba lejos y no había nada: sentidos y significados en la organización vecinal en Turubamba*. [Tesis para optar al grado de Maestro en Antropología, Flacso-Ecuador].